

El trabajo es la fuente de la vida; sin el trabajo nos sería imposible vivir; el trabajo nos proporciona los elementos necesarios para hacer agradable la vida.
JUAN FERRER
(Hno. de Franco).

HOJA OBRERA

Aquel que por lo menos crea en la justa intención de sus actos, ese no temerá la libertad de imprenta.
(De "El Índice")

Organo de la "Sociedad de Trabajadores." Defensora de los derechos del pueblo.

EDITOR,

Octavio Montero

ADMINISTRADOR

Lesmes Sáurez

Sale los domingos

San José, Costa Rica, domingo 22 de mayo de 1910

Año I—Nº 31

NOTA.—Las firmas de los colaboradores sólo se darán por los tópicos que la ley prescribe y por orden de tribunal competente.

Tiraje: 2000 ejemplares

Oficina: Avenida Central, casa de don Rafael Acuña, Cuesta de Moras.

Suscripción mensual ₡ 0-25

Número suelto 0-10

Avisos, precio convencional.

Dirijase la correspondencia al apartado 270.

NUEVOS SENDEROS

Con la bizzarria que nos brinda la juventud, con alientos para la lucha, y, más que todo, con la pujanza del esforzado que anhela escalar la cima, emprendemos hoy, por nuestra cuenta y riesgo, la ingrata tarea del periodismo.

No blasonamos de poseer aptitudes, ni hacemos alarde de méritos no conquistados; lo único que con justicia reclamamos ante el criterio de los demás, es un lugar en las filas en donde van los hombres que ansian la lucha, los que persiguen el bien de todos y para todos, los que se interesan por que VERDAD Y JUSTICIA sean efigies y no instrumentos que se adaptan a las circunstancias.

Eso anhelamos, eso queremos. Justificados así, esperamos que los simpatizadores de HOJA OBRERA contribuirán gustosos—en caso de que nos falten—á darnos aliento y vigor, para así no quedar tendidos en el campo donde se estrellan energías, donde yacen ilusiones.

Una esperanza (no encariñada con el ambiente perfumado de las alturas) nos halaga al emprender esta para nosotros titánica labor, que nos llevará hacia el triunfo del ideal concebido en los cerebros proletarios. Empezamos á experimentar las dificultades de la vida, no con la dominante palanca de un capital que arriesga; somos pobres; no por eso el sistema acariciador de recompensas en metálico que sobornan, nos hará cambiar un ápice nuestra trazada ruta.

Si sucumbimos, nos queda la satisfacción del deber cumplido.

Si la victoria nos sonríe, queda nuestra gratitud imperecedera para los que saben recompensar esfuerzos

Mis tristezas

La Naturaleza, como madre cariñosa prodiga dones benéficos, por todos los ámbitos de sus imperios, pero ¡ay! sus castigos son aún más terribles. Iras tiene á veces más soberbias que las cóleras del mar cuando siembra la desolación de plaza en plaza. Cartago, la noble y leal ciudad ha sido víctima de uno de esos terribles flagelos de la Naturaleza, y así como Pompeya y Herculano ciudades florecientes de la Italia, fueron sepultadas bajo las lavas candentes del Vesuvio, hoy yace derruida por un sacu-

Una hecatombe sin precedente en la historia de Costa Rica, ha sumido la ciudad de Cartago en una total destrucción. Ante esta desgracia "Hoja Obrera" rindiendo culto al dolor—uno de los pocos cultos que rinde—hace sinceros votos porque Cartago, por medio de trabajo y constancia, vuelva á ser lo que fué: la vanguardia del progreso.

dión terrible que en las leyes físicas de la Naturaleza, se llama terremoto. ¡Qué cuadros tan sombríos y tan lúgubres ha forjado mi espantada mente al saber que la ayer populosa ciudad, emporio de riqueza y de progreso, es hoy, solamente un montón de escombros y de ruinas, en donde sólo se oirá el graznido del buho, si nuestro morador de las tinieblas. ¡Oh, misteriosos designios de la Providencia!

¡Cuántos huérfanos han quedado sin las dulces caricias de sus madres! ¡Cuántos infelices que acaso fueron dichosos bajo el techo de su hogar paterno, se encuentran hoy sin ese hogar, sin padres y talvez sin hermanos! ¡Ah! sin duda la Naturaleza quiso poner en práctica las sentencias del Censor romano "Delenda est Carthago."

Pero á grandes males, grandes remedios; y si es cierto que es muy sensible la pérdida de una rica y floreciente ciudad de nuestra patria, también es cierto que hemos quedado muchos Costarricenses que en unión de los nobles extranjeros residentes en el país, nos apresuraremos á calmar en algo la aflicción de esos hermanos en desgracia.

Y en tanto colocamos la corona de ciprés sobre el sepulcro de los muertos en esa terrible hecatombe. Los sobrevivientes ¡ah! ellos quizá más desgraciados, encontrarán en el pecho de cada costarricense el óbolo generoso con que mitigarán en algo su grandísimo pesar.

Mariano Arce Vargas

¡Sursum Corda!

Fué tragedia de un segundo! Cartago, la tradicional Cartago, cuyos vínculos están fuertemente ligados desde la cuna con el resto de la nación; la metrópoli de antaño, la del clima sano, la de sus aguas puras, la de paisajes pintorescos dada la situación topográfica pues la misma Naturaleza se encargó de decorarla; la bella Cartago, —ho leyes del Destino!— fué azotada, en un segundo, por el furioso vendaval de la muerte! Los suntuosos edificios que se erguían con respeto mostrando sus ga-

las, las casas que—redes pintadas—mostraban su coquetería, las chupachas que se ocultaban en los rincones de la ciudad avergonzadas de su miseria; todo, todo vino á tierra con estrépito monstruoso demostrando la pequenez del hombre ante las rebeldías de la Naturaleza.

Las Furias rompieron su quietud y diezmaron con ensañamiento cruel lo que antes era una esperanza para Costa Rica.

La herida que tiene la Nación por la pérdida de Cartago será difícil que cicatrice; hay pérdidas que el capital no puede repaerlas: la vida!

Causa desesperación contemplar lo que era un foco de actividad hoy convertido en ruinas en donde por todos lados se respiran hálitos de muerte.

Ahora toca al resto de los Costarricenses abrirle los brazos á nuestros proscritos hermanos que necesitan amparo, y así hacerles menos triste, menos penosa su desgracia.

Enviamos á las familias de las víctimas del terremoto nuestra sincera condolencia y tengan la convicción que no sólo ellas sufren: Costa Rica llora.—O. MONTERO.

A Cartago

Oh Cartago! ciudad de mis abuelos Quiero cantarte un canto bien sublime Al mirarte destruida por los suelos, Pero no puedo; pues mi lira gime,

El peso del tormento me acoquina Ante tanto dolor y pena tanta; Ante lo inmenso de tu inmensa ruina! Siento ahogarse la voz en mi garganta.

Yo me figuro que mi mente sueña Y que esto fuera pesadilla horrible! . . . Que la ciudad que se mostró ruiseña Y al contemplarla parecía invencible, Se haya tornado en tétrico sudario.

Pues donde antes habitaba la alegría Solo se oye el lamento funorario Y los débiles gemidos de agonía.

Oigo en el aire la postrera nota, Como un susurro que canta y que agoniza; Cual eco sordo de la cuerda rota Cuando á travez del éter se desliza,

Ayes muy tristes cual de alondra herida; Eso es de Troya la elegía postrera; Es un adiós á la mezquina vida Mezclado con la grito lastimera!

Y lo agobian al peso de la pena: Por tanta dicha agostada del dolor,

Por todas partes la terrible escena! En los escombros de exfelia cabaña, Una madre sangrándole las manos! . . . Su faz enjuta el sufrimiento baña. Más, lucha con esfuerzos sobrehumanos Por sacar del terrapién al ser amado Acá un chiquito con palabra trunca Llamando en el sepulcro ya formado! . . . A la madre que no contesta nunca! . . . Allí, una niña llorando por su amante, Otro allá, por su novia está llorando, Y á la vera queda el Irazú gigante Con bravatas su crimen ocultando.

Por todas partes el tumulto gira Y hacen macabra procesion de locos, Para sacar tanto infeliz que espira: Se hallan los pobres demasiado pocos! Y en medio de muertos mutilados, De despojos, de iglesias y palacios. Paréceme escuchar como á los hados: Su crimen festonando en los espacios.

Yo maldigo al cobarde traicionero Que en golpe seco cual tremendo rayo Volviera la ciudad en terrorero En un cuatro tristísimo de mayo. Y esa fecha terrible que ya pasa No se pierde en la noche de los tiempos; Será el negro recuerdo de esta raza Tan hermosa y de noble sentimientos.

Pero, dime Irazú: ¿por qué tan bravo? ¿Por qué retumbas con voces de cañón? ¿Habréis visto en la gleba al pobre esclavo Como una bestia de indigna explotación? O será que sacudes iracundo Los pliegues del gran manto de los Andes, Al mirar repartirse aque te mundo.

¿En cuatro egoistas que se llaman grandes? O será que al mirar á tanto hambriento Y otros tantos prisioneros sin razón, Has querido trocar el sufrimiento Por la dulce paz de la eternal mansión?

Si, caballero del penacho rojo, Enhiesto centinela de la sierra; Creo que descargas vuestro santo enojo Contra tronos y altares de la tierra.

Ah! mañana el viajero pensativo Al ver á tus vestigios con maleza, En ellos mirará el recuerdo vivo Del grande cataclismo y tu grandeza,

Y el céfiro batiendo vuestras flores Y hundiéndose en lo hondo de las grietas; Remedará el cantar de tus cantores Y la rima soberbia de tus poetas;

Al meterse el lagarto en la hendedura Que ha formado el disloque de las piedras Al ver en lo que creara la escultura, Los tallos trepadores de las hiedras Y las moles diezmadadas por doquiera,

Verá el viajero con temor sagrado Que todo es en el mundo una quimera Como fué el esplendor de tu pasado. E irá con marcha mística é incierta En las lóbregas naves de los templos Y en la basta llanura ya desierta.

Más: quizás al volver á nuevos tiempos Esta raza valiente y altanera, Viva feliz en medio de jardines En casas pintorescas de madera Con sembrados que no se le ven fines; Corriendo tras de la ubre bien repleta De nuevo berrearán los terneros; Y al piu piu como toques de corneta Correrán las gallinas y pollitos.

Nueva fragancia brindarán tus flores, De nuevo el mozo al pie de la ventana Cantará la canción de sus amores A la luz de la luna soberana.

Si, cartagineses, á la inclemencia Combate con valor y con constancia, Y verás auyentarse la indigencia Y venir la hermosísima abundancia.

Hay her manos que están á vuestro lado Y ya puedes desafiar la tempestad; Que se auyenta el dolor avergonzado, Cuando asómase la santa caridad, Si, marca el sol que se pone en el ocaso una etapa de tiempo ya pasada, y el que se asoma con gigante paso otra más con vigores abonada.

JUAN RAFAEL PÉRLZ
(Versos originales)